

brado Diocleciano. Escribieron su vida y martirio Beda, Usuardo, Adon, Pedro de Natalibus in *Cathalogo lib. 5. cap. 251.* Sannoro, el Martirologio romano, Baronio en sus Anotaciones, y otros.

El silencio es virtud, que tiene su aprobacion y canonizacion por el mismo Dios; pero el dejar de hablar á su tiempo tambien fuera vicio: uno y otro se ha de regular por la prudencia. Grande fué la que mostró el invicto mártir de Jesucristo S. Castulo: pues con ella supo tener en silencio todo el tiempo que le pareció convenia para ser cristiano; mas despues que vió que tambien convenia hablar, habló tanto y tan divinamente en la confesion de la fe, que siendo preso por su silencio, fué ahogado por su hablar, mereciendo por uno y otro la corona del martirio, y dejándonos enseñados á callar, y hablar á su tiempo; sabiendo, que, imitándole siempre, le tendremos intercesor en la gloria, donde le veamos. Amen.

SAN LUDGERIO Ó LUDGERO, PRIMER OBISPO DE MUNSTER.

SAN Ludgerio, originario de Frisia, y de familia ilustre entre las más distinguidas de todo aquel pais, nació al mundo por los años de 743. Su padre Triadgrin y su madre Lifeburga, reconociendo en el niño Ludgerio particular inclinacion á la virtud, y bellas disposiciones para las letras, le enviaron á Utrech siendo de edad de trece á catorce años, para ser educado en la escuela del misionero S. Gregorio, discipulo de S. Bonifacio mártir.

Estaba dotado Ludgerio de excelente ingenio, natural dócil, de modales gratos, de un aire apacible, de un corazon noble, y como naturalmente inclinado á todo lo bueno. Con tan felices disposiciones, en poco tiempo hizo admirables progresos en la ciencia de los santos, y en el estudio de las letras humanas. Acompañó á Aluberto cuando fué á consagrarse por obispo á Yorek, y recibió en aquella ciudad el orden de diacono. Empeñado ya mas particularmente en el servicio de la Iglesia, aspiró con mayor aliento á la perfeccion, y se aplicó con nuevo fervor á adquirir las virtudes eclesiásticas y religiosas propias de su estado. Consiguiólo con ventajas; y bien informado Alberico, sucesor de S. Gregorio, del extraordinario mérito de nuestro Santo, le envió al país de Over-Isel á renovar la cristiandad de Deventer, que los sajones gentiles habian arruinado despues de la muerte de su fundador y primer apóstol S. Lebwín. Hizo en poco tiempo S. Ludgerio cuanto se podia esperar del fervoroso zelo de un apos-



S. LUDGERIO O.

tólico misionero; y abolidas las miserables reliquias del paganismo, quedó reparada aquella iglesia.

Fué consagrado Alberico por obispo, y á pesar de la humilde resistencia de Ludgerio, á vista de una dignidad respetable á los mismos ángeles, le ordenó de sacerdote. Envióle luego á Frisia, y apenas entró en ella, comenzó á ser su apóstol. Padedió cuantos trabajos suelen padecer los hombres apostólicos cuando se empeñan en desmontar una tierra inculta; pero Dios endulzó sus penosas fatigas con las abundantes bendiciones que derramó sobre ella. En menos de siete años convirtió á la fe de Cristo á aquella nacion idólatra; y apenas hubiera quedado gentil en ella, si Witikin, duque de Sajonia, y todavía pagano, no hubiera obligado á nuestro Santo á salir del país durante la cruel persecucion que movió contra la Iglesia.

Arrancado Ludgerio con indecible dolor de en medio de su rebaño, se fué á consolar en la soledad del santo Monte Casino, y allí desquitó en continuas oraciones, y en rigurosas penitencias lo que no le permitia hacer el entredicho de su zelo. Oyó el Señor sus apostólicas ansias; porque conquistada por Carlo Magno toda la Baja-Sajonia, y convertido el duque á la religion cristiana, salió de su retiro nuestro Santo, animado de nuevo fervor, y cediendo todo, no menos á la eficacia de sus palabras, que á la fuerza de sus ejemplos, predicó el Evangelio hasta la embocadura del Weser, en todos los cinco cantones marítimos de Frisia. Triunfante ya en todo aquel país la fe de Jesucristo, fundó un monasterio de monges benedictinos, que á un mismo tiempo sirviese como de ciudadela y arsenal á la recién nacida Iglesia.

Estendida la fama del copioso fruto que hacia el nuevo apóstol en toda la Westfalia, deseó Hildebaldo, arzobispo de Colonia, elevarle á la dignidad episcopal. Asustóse Ludgerio al oír la proposicion que se le hizo. Representó, suplicó, se resistió, é hizo cuanto pudo para que en su lugar fuese sublimado á ella un discípulo suyo, cuyas prendas ensalzaba, y á su parecer sin encarecimiento. Pero no fué atendida su repugnancia. Obligósele á obedecer no menos á la eleccion del arzobispo que al orden del emperador. Fué consagrado obispo de Mimigernesford, que significa *el vado del rio Mimigard*, nombre que despues se mudó en el de Munster, que quiere decir *monasterio de canónigos reglares*, porque el Santo fundó en aquel paraje un célebre monasterio, cuya iglesia le sirvió de catedral. A esta nueva diócesis juntó despues los cinco cantones de la Frisia oriental, que el mismo Santo habia convertido á la fe. Ade-

más de eso fundó otra abadía en la Baja-Sajonia, que es la que hasta hoy se llama *Claustro de S. Ludgerio*; en el ducado de Brunswick.

La nueva dignidad solo sirvió para aumentar la austeridad de su vida, y para añadir mayor lustre á su virtud. Escogido por pastor de aquellos pueblos, fué padre de todos. Con la dulzura de su genio, y con la afabilidad de su trato domesticó los ánimos mas intratables y mas duros. No hubo quien no se rindiese á sus palabras, ó á sus ejemplos; y haciéndose todo á todos con una caridad universal, á todos los ganó para Dios.

Sus rentas eran de los pobres, su mesa era tambien la mesa de ellos. Llevaba siempre debajo del traje de prelado un áspero silicio. Eran continuos sus ayunos; y su abstinencia, en medio de los caritativos convites, en que se renovaban los agapes antiguos, llegaba á ser escesiva.

Una virtud tan sobresaliente no podia estar á cubierto de la envidia y de la murmuracion. La frugalidad de su mesa; aquel trato continuo con los pobres, su humildad y su modestia desagradaban mucho á los que siendo muy inferiores á él en la dignidad, vivian con mayor suntuosidad y con mas fausto. Desacreditáronle con Carlo Magno, pintándole como á un hombre de cortos talentos, que hacia despreciable su carácter. Como aquel gran principe ninguna cosa deseaba con mayor ansia que ver florecer la religion; y como estaba persuadido á que el ejemplo de los prelados hacia grande impresion en el ánimo y en los corazones de los pueblos, sintió mucho las quejas que le daban de nuestro Santo. Vióse éste obligado á pasar á la corte para justificarse. Hospedóse cerca de palacio, y á la mañana siguiente un gentilhombre del emperador fué á prevenirle que le estaba esperando su Majestad imperial. Hallábase rezando el oficio divino cuando recibió el recado, y queriendo acabarle se hizo esperar mas. Aprovecháronse de este incidente sus émulo para esforzar, y aun para autorizar su acusacion. Preguntóle el emperador cómo habia tardado tanto en ponerse en su presencia despues de haberle enviado tres recados: *Señor*, respondió el Santo, *porque en esto mismo crei que obedecia á V. M. ¿Pues cómo?* le replicó el emperador. *Señor, señor*, continuó Ludgerio sin turbarse, *porque cuando me dieron los recados de V. M. me hallaba rezando el oficio divino; y cuando V. M. me hizo la honra de nombrarme por obispo, me encargó ante todas cosas que prefiriese siempre el servicio de Dios al de los hombres, sin exceptuar la misma sagrada persona de V. M. imperial.* Agradó tanto al emperador esta respuesta, que no quiso permitir se justi-

ficase de los demás cargos que le habian hecho; y volviendo á enviarle á su iglesia colmado de honras, le exhortó á que cuidase siempre con el mismo zelo de sus ovejas, y prosiguiese con el mismo ardor en el servicio de Dios.

Fructificaron mas sus apostólicos trabajos por el don de milagros que le concedió la benignidad del cielo. Parecióle estrecho campo para contentar las ansias de su zeloso caritativo espíritu la Sajonia y la Westfalia; y viendo ya desde entonces con luz profética los estragos que algun dia habian de hacer en aquellas regiones los normandos de Dinamarca y de la Noruega, se estaba disponiendo para ir á prevenir á los enemigos de la fe, resuelto á emprender aquellas nuevas misiones, cuando el Señor, que le veia ya maduro y cargado de merecimientos, quiso premiárselos.

Fué larga y violenta su postrera enfermedad; pero ni por esto disminuyó un punto su fervor. Ningun dia dejó de rezar el oficio divino con otras muchas oraciones; y aunque consumido y penetrado de agudísimos dolores, todos los dias celebró el santo sacrificio de la misa. El último de su vida, que fué el domingo de Pasion á los 25 de marzo no le pasó ociosamente, ni fué el menos laborioso. Muy de mañana predicó en la iglesia de Coesfeld, y se despidió de su pueblo; desde allí pasó á Billerbeck, distante dos leguas de Coesfeld: dijo misa, y predicó segunda vez, sacrificando á Dios de esta manera las últimas reliquias de su voz y de sus fuerzas; y pronosticando á los que le acompañaban que la noche siguiente moriria, ya no pensó mas que en consumir su sacrificio, redoblando el amor á Dios, que le abrasaba, y aquella ardiente caridad con el prójimo que siempre le habia encendido. En tan santos ejercicios acabó su dichosa vida un poco despues de la media noche del dia 26 de marzo, hácia el año de 809. Fué conducido su santo cuerpo con gran pompa al monasterio de S. Salvador de Wérden, como él mismo lo habia dejado dispuesto; y el Señor continuó en hacerle célebre con muchos milagros.

SANTA EUGENIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

REINANDO en Córdoba el moro Abderramen III, cruel perseguidor de los cristianos, murió en aquella ciudad en defensa de la fe una santa virgen llamada Eugenia, cuya patria se ignora, y tambien el linaje de muerte por donde llegó al premio de su confesion. Aconteció esto en tal dia como hoy del año 923. Se ha conservado la memoria de este triunfo por una inscripcion que se

halló en una losa de mármol blanco casi de dos tercias de largo, y poco mas de una en ancho, enterrada en el barrio de Córdoba que llaman de los Marmolejos, junto al convento de S. Pablo de la orden de Sto. Domingo, y hallado en las escavaciones que se hicieron en el año 1544. Por esta inscripcion consta el nombre de esta Santa, y la verdad y el tiempo de su martirio. No se ha de confundir esta Sta. Eugenia con la hija de Filipo y de Claudia que padeció en Roma en tiempo del emperador Galieno, cuya cabeza enviada por el papa al rey D. Garcia, se venera en el monasterio de Sta. María de Najera.

La misa es en honra de S. Ludgerio, y la oracion la siguiente:

Suplicámoste, ó Dios todopoderoso, que en esta venerable y solemnidad de tu confesor y pontífice S. Ludgerio aumentes en nosotros el espíritu de piedad, y el deseo de nuestra salvacion. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capitulo 10 del apóstol S. Pablo á los Romanos.

Hermanos: Yo les soy testigo de que tienen zelo de Dios; pero no segun la ciencia. Porque no conociendo la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya, no se han sujetado á la justicia de Dios. Porque el fin de la ley es Cristo, para dar la justicia á todo el que cree.

REFLEXIONES.

Testimonium perhibeo, illis quod æmulationem Dei habent, sed non secundum scientiam. ¿De qué sirve el zelo por la ley santa de Dios, si no es conforme al espíritu de Dios? No hay cosa mas perniciosa, ni tampoco la hay mas común que el falso zelo.

Se hallan algunas veces personas que hacen profesion de ejemplares, y aun de penitentes, cuyo zelo siempre es enfadoso y amargo, sin conocer aquella dulzura de Jesucristo, que en parte caracteriza el verdadero zelo. Engañariase mucho el que concibiese la caridad como una virtud aduladora y lisonjera, que por no ofender á nadie todo lo celebrase, hasta las mismas imperfecciones. Debe condenarse, debe abominarse el vicio; pero la caridad cristiana pide que se perdone á la persona; que se mire con tierna compasion al pecador, siempre que esto se pueda ha-

cer sin perdonar al pecado. La malignidad del corazon humano nos debe inclinar á desconfiar perpetuamente de nuestras máximas, siempre que se dirigen á censurar la conducta de los otros. Siéntese no sé qué secreto y maligno placer de descubrir bien en otro aquellos defectos de que uno se considera libre. Aquella especie de superioridad que se imagina lograr sobre el prójimo, lisonjea un corazon naturalmente orgulloso; y como en esta opinion de preferencia se mezcla siempre el especioso pretexto del zelo y de la virtud, no se desconfia de esta complacencia maligna, y aun se vive en ella con grande serenidad.

Aun es mas grosera la ilusion cuando se reputa por zelo la passion, persuadiéndose que se hace servicio á Dios en aquello en que solamente se siguen los impetus de la emulacion, de la envidia ó de su propio interés.

Se ha recibido algun disgusto; encuéntrase en la pretension concurrentes de mayor mérito ú de mayor dicha; hácenos sombra la virtud ó la reputacion del otro; comiézase á desviar voluntariamente los ojos del esplendor de sus prendas; solamente se aplica la atencion á descubrir lo que puede parecer en el defectuoso, celébrase con una risa maligna, óyese con una secreta complacencia todo aquello que los que son de nuestra misma opinion censuran en las personas que sirven de objeto á nuestra envidia; todo se escucha, todo se aplaude con alegría. Si se las muerde, si se las satiriza, todo se recibe como oráculo. El aprecio y aun el amor con que se miran estas crueles censuras, igualan siempre á la maligna antipatia que se tiene con los concurrentes. Las pasiones que se forman no pueden contenerse por largo tiempo dentro de los límites de la moderacion. En vano se procura reprimirlas, ó á lo menos disimularlas; al cabo revientan con estruendo. Ya se miran con ojos enemigos aquellos cuya reputacion nos ofende. No solo se desaprueba, sino que positivamente se desprecia todo cuanto hacen; ni aun se quiere creer que sean capaces de hacer cosa digna de estimacion. Los que no son devotos llaman á esto aversion, vergüenza, emulacion, odio; pero los que hacen profesion de virtuosos, siempre lo llaman zelo. Mas pregunto, ¿se mira únicamente á Jesucristo y á la salvacion de las almas en esta malignidad del humor que se desahoga en censuras mordaces, en invectivas y en murmuraciones? ¿Cosa estraña! Hasta la mayor gloria de Dios y el mayor bien de la Iglesia han de servir de pretexto á la passion.

El Evangelio es del cap. 9 de S. Lucas.

En aquel tiempo envió Jesús delante de sí nuncios; y yendo éstos, entraron en una ciudad de samaritanos para prepararle el hospicio. Y no quisieron recibirle porque daba á entender que iba á Jerusalem. Habiendo visto esto sus discipulos Santiago y Juan, dije-

ron: ¿Señor, quieres que mandemos que baje fuego del cielo, y que los devore? Pero el Señor, volviéndose á ellos, los respondió, diciendo: Vosotros no sabeis á qué espíritu seguís. El Hijo del hombre no vino á perder á los hombres, sino á salvarlos.

MEDITACION.

Del falso zelo.

PUNTO PRIMERO. — Considera que el falso zelo tiene toda la malignidad, toda la hiel y todo el veneno de las mas violentas pasiones; pero todo en la máscara de una ardentísima caridad y de un abrasado amor de Dios. ¿Qué se puede esperar de tal principio?

El falso zelo, hablando propiamente, no es mas que una violenta pasion, que el amor propio disfraza para que no se conozca, poniéndola en estado de ser tanto mas nociva, cuanto menos se desconfia de ella. Es el orgullo como su primer origen, porque no hay zelo falso que no esté acompañado de un gran fondo de vanidad; de aquí nace aquel desprecio con que se mira á la persona contra quien se dirige el tal aparente zelo. Un odio maligno, una envidia amarga, una venganza aceda y siempre picante, son como los ocultos resortes ó máquinas que mueven la cólera de los llamados zelosos, y los ponen de tal humor contra los defectos imaginarios ó reales de sus hermanos. Del mismo principio nace que todo hereje grite contra la relajacion, y acompañe sus gritos con injurias. Tendriase por muy grosero el error, si no se valiese del pretesto de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas para justificar hasta los mas furiosos escesos. Debajo de este especioso titulo, debajo de este bello nombre, feas calumnias, murmuraciones atroces, enormes injusticias, inhumanidades, persecuciones; todo pasa, todo se aplaude, todo se autoriza: *arbitratur obsequium se præstare Deo*. Cuando solo se obra por resentimiento, por pasion y por venganza, se cree que se hace servicio á Dios. ¡O cuantas pasiones, ó cuantas in-

justicias fomenta esta vana imaginacion! ¿Pero acaso nos ha de juzgar Dios segun nuestras frívolas imaginaciones? ¿y es posible que nada me acuse mi conciencia en este punto? El verdadero zelo no es amargo ni parcial; ¿siéntese en el corazon amargura, acedia, menosprecio, y no sé qué especie de dureza? Señal evidente de que el zelo es ilegítimo, es falso. Aquellos devotos zelosos que quisieran bajase fuego del cielo para esterminar á los pecadores, estén ciertos que no los anima el espíritu de Jesucristo. ¿De qué principio nacen mis impetus arrebatados, mis movimientos coléricos? ¿acaso es verdadero zelo el que produce mis aversiones y mis vivacidades?

Ojéese bien en ese corazon; cávese profundamente hasta dar con el manantial de ese zelo impetuoso, que solo acierta á esplícarse en estruendos y en castigos; hallaráse sin duda que esa nube cargada de rayos y de piedra se formó de exhalaciones malignas. Unas prendas demasidamente brillantes, y demasidamente reales que nos hacen sombra; una razon de familia, de interés ó de partido; un disgusto que se nos dió, un desaire, un despique y una secreta envidia son el verdadero y primer móvil de tantas acciones enmascaradas con el especioso nombre de zelo y de caridad. ¿Pero qué juicio hace de ellas aquel Dios que penetra el fondo de los corazones, que desenvuelve y registra todos sus senos, y que hace tan poco caso de nuestras sutilezas y de nuestros sistemas? ¡O buen Dios, y cuanto tiempo, cuantas diligencias perdidas! ¡cuantos pecados graves bien disfrazados! ¡cuantos talentos mal empleados! ¡Y qué desdichada es una persona á quien anima el falso zelo! ¡qué digna de compasion! ¡y qué rara es la que abre los ojos, y vuelve en sí de una ilusion tan lamentable!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que hay todavía otro falso zelo mas mitigado, pero mas sutil. Y no hay que cansarse, que este en todas partes se halla, y en todas las cosas se mezcla. Es rarísimo, es especie de prodigio un zelo tan puro, tan desecado, que no envuelva dentro de sí algunas particulas térreas de nosotros mismos; muy rara vez sucederá que la inclinacion, el humor, el genio y el amor propio no sean como el alma de lo que se llama zelo.

Persuádese uno á sí mismo, y aun quiere persuadirlo á los demás, que solo se busca la mayor gloria de Dios, y que sola ella es el móvil de nuestras acciones; pero si solo se pretende agradar á Dios, ¿en qué consistirá aquel desear mas unas ocupaciones que otras, aquella inclinacion, aquel gusto, y aun

aquella vanidad de confesar mas á unas personas que á otras? ¿en qué consistirá no tener zelo ni fervor sino para los ministerios sobresalientes, para aquellos que hacen ruido y se ejercitan con aparato? ¿Porqué no se atenderá mas que á la salvacion de ciertas almas, esto es, de cierta clase de gentes? ¿porqué se tendrá tanto dolor, se hará tanto sentimiento en dejar el empleo, la ocupacion, el lugar, cuando la voluntad de los superiores nos da á conocer bastantemente que no quiere Dios nos mantengamos allí? ¿tememos por ventura que se disminuya ó padezca la gloria del mismo Dios si cedemos nuestro lugar á otro? ¡Ah, Señor, y qué misterios de iniquidad descubrirá á nuestros ojos la fatal hora de la muerte! ¿Pero será entonces tiempo de descubrir estos misterios?

El querer trabajar mucho suele ser señal de que se tiene mucho zelo. Pero si en esa multitud laboriosa de ministerios se pretende únicamente la mayor gloria de Dios, es muy digno de reparo, y aun de grande admiracion, el gran cuidado que se tiene de dar á entender al público lo mucho que se trabaja, mendigando con vana ostentacion de sus fatigas y sudores un aplauso ó una inútil compasion. Muchas veces quiere uno hacerlo todo, pero quisiera ser él solo quien lo hiciese; ¿y esto no nacerá por ventura de temer que salga otro concurrente con quien se repartan los aplausos y la gloria de las fatigas? ¡O mi Dios, y qué sutil es el amor propio! Mientras no tengamos un corazon puro y una intencion recta, siempre hará burla de nosotros. Es señal indubitable de un zelo falso y postizo sentir el fruto que hacen los demás. ¿Y no hay algo de esto en nuestro corazon?

El primer fruto de la caridad es el zelo verdadero, y no puede nacer de otro principio. Por eso el verdadero zelo siempre es dulce, benéfico, humilde y compasivo. Y el primer objeto de nuestro zelo debe ser nuestros propios defectos; siendo la sólida virtud de un hombre zeloso el primer artificio de que debe valerse para mover á los demás: *Æs sonans, aut cymbalum tinnens.* ¡Mi Dios, qué dolor, qué desesperacion se sentirá en la hora de la muerte, cuando se conozca que la vida de un hombre que pasó por zeloso fué un metal vacío, y una campana hueca, sonido, estruendo y ruido nada mas! *Nonne in nomine tuo prophetavimus?* ¿Pues, Señor, no profetizamos en tu nombre? ¿no lanzamos los demonios en tu nombre? ¿no hicimos muchos milagros en tu nombre? Asi es; responderá el Señor; pero les dirá claramente: *Quia nunquam novi vos, discedite à me:* Apartaos de mí, porque nunca os reconocí por míos. ¡Qué sentencía, qué rayo fulminado para un predicador aplaudido, para un director

de grande reputacion, para un superior rigido, para un padre de familias vigilante, para un gran prelado, que habiendo cumplido con su obligacion respecto de sus súbditos, no hubiese atendido á su propia salvacion!

No permitais, Señor, que yo entre en este número. Sea yo mismo el primer objeto de mi zelo; y sea mi zelo en orden á los demás animado por vuestro divino espíritu. No sea amargo ni riguroso sino contra mí mismo; sea la caridad su primer móvil, y sea vuestra gloria su único fin.

JACULATORIAS. — Criad, Dios mio, en mí aquel corazon limpio, y aquella intencion recta sin la cual no es posible agradaros. (*Psalm.* 50.)

Mi zelo me hizo secar de dolor á vista del desprecio de vuestra santa ley. (*Psalm.* 118.)

PROPOSITOS.

1 Ten zelo, porque la falta de él es señal de una fe muerta, y de una caridad apagada; pero nunca sea amargo ni indiscreto. El verdadero zelo siempre es prudente, humilde, compasivo y moderado. Si tu indignacion se irrita contra el vicio, en tus propios defectos hallarás el mas digno objeto de su cólera. Debe sin duda llorarse con lágrimas de sangre la licenciosa relajacion de las costumbres. Pero á quien no se le ha cometido el cargo de corregir á los demás, ¿á qué propósito esclamar con tanto ruido? ¿á qué fin reprender con tanta acedia y amargura? Demos principio á la reforma, comenzando por nosotros mismos, y cuanto es de nuestra parte quedarán corregidas las costumbres. En quien por su oficio no tiene obligacion de enmendar á los demás, el único medio de reformarlos es con el ejemplo y con la edificacion de su vida; siendo tambien al mismo tiempo el único modo de corregir que jamás deja de hacer fruto. Considera desde luego á qué cosas se ha de estender tu zelo, y cuales son sus propiedades. ¿Atiendes con desvelo á la buena crianza de tus hijos, al porte de tus criados, y al modo de vivir de todos aquellos que dependen de tí? ¿eres tan cuidadoso y tan nimio en procurar que cumplan tan exactamente con las obligaciones de cristianos, como con los oficios de criados tuyos? No sufririas que te hablasen á tí con menos atencion, ó con poco respeto; ¿tienes el mismo zelo en solicitar que traten á Dios de la misma manera? Mira que has de ser responsable de la salvacion de los que están á tu cargo; y así no te fies demasadamente de su

buena fe , abandonándolos del todo á su propia conciencia. Suelen algunas veces decir que ya tienen edad para saber sus obligaciones. Pero pregunto : ¿sueles decir esto mismo cuando se trata de cosas tocantes á tu servicio? Ten zelo , y no serás tan insensible en materia de costumbres, observando de hoy en adelante las reglas siguientes. Primera : sea el buen ejemplo la primera lección que dicte á todos tu zelo ; á esta especie de instrucción no hay natural , costumbre , ni genio , ni inclinación que resista. Segunda : Desciende al individual y menudo exámen de la conducta de tus hijos y de tus criados ; infórmate de cuando en cuando si sus conversaciones son licenciosas , y si es cristiana su vida. Procura averiguar si frecuentan los sacramentos , por lo menos una vez al mes ; si oyen misa con devoción , si están en la iglesia con respeto , si leen libros perniciosos , si frecuentan casas sospechosas , y si andan con malas compañías. En este género de faltas has de ser inexorable , sin perdonar ni disimular cosa alguna ; y no te fies ni de preceptores , ni de maestros , ni de ayos.

Sé rígido , pero sin ser amargo ni austero. Nunca reprendas con términos injuriosos ó mal sonantes ; un poco de viveza y un mucho de teson caen bellamente en el verdadero zelo ; muéstrale siempre de manera que parezca zelo cristiano , el cual es inseparable de la caridad.

2 Si te hallas al frente de alguna república , de algun gremio ó de alguna comunidad , atiende con zelo al rigor de la observancia ; no toleres la mas mínima relajación ; pero advierte con dulzura , corrige con moderación , reprende con toda cortesía , manda con tu ejemplo aun mas que con tus palabras. ¡O cuantos superiores serán horrendamente castigados en la otra vida por haber sido poco rigidos y menos ejemplares ! ¿No tienes tú algo que reprenderte y enmendarte en este punto ? Si eres particular , predica la reforma de toda la comunidad con la tuya. No te dispenses en la mas mínima distribución ú observancia regular ; sé puntual , sé en todo muy exacto , y solo con esto has dado principio á la reforma de la casa. Todo zelo inquieto , bullicioso y mordaz es zelo falso ; el tuyo debe ser sosegado , suave , benéfico y caritativo. Mucho se engaña á sí mismo el que piensa tener zelo de los demás cuando descuida de su propia perfección ; porque es cierto que nunca amamos al prójimo mas que á nosotros mismos. Lo que entonces se llama zelo , es intrepidez de genio , es viveza mal corregida , es orgullo mal disimulado , y no pocas veces es odio , envidia y emulación.